

DE LA FIESTA NACIONAL

Las corridas de la Semana Grande

¿QUE NO NOS DIVERTIMOS, EA!

COGIDA DE RICARDO ANLLÓ (NACIONAL)

¿A ustedes les parece que hay derecho a tener a un hombre con 111 kilos de peso —capicúa— subiendo y bajando a y de la plaza de toros, durante tres días seguidos? Claro está que contestarán que no. Y como esa misma contestación me la había dado yo de antemano a mí mismo, decidí «quedarme a vivir» en la plaza durante los tres días de corridas, instalándome en una de las confortables habitaciones —gabinets que hay en la enfermería. ¡Cuántos forasteros hubieran dado algo bueno por disponer de una habitación como esas y, sin patrona que soportar!

El caso es que el domingo subí a la plaza a presenciar el enchiqueramiento de los toros y desde entonces me tienen ustedes aquí a su disposición para lo que gusten mandar, bien sean langostas, habanos y campagne para repartirlos con los monos sabios y demás mundillo de «entre bastidores». Y hecha esta declaración paso a decirles...

Yo no vi «con mis propios ojos» la corrida del domingo. Después de comer con la numerosa grey que pulula por el patio de caballos, cuadras y demás, me eché un rato a dormir la siesta y tan dormido me quedé —¡hay que ver esta vida! — que ni el barullo precursor de la corrida consiguió despertarme. Y como la enfermería estaba cerrada con llave, allí me dejaron, se fué cada uno a sus obligaciones y nadie se acordó de mí. Por eso tengo que contar a ustedes la corrida, por referencias. Pero referencias autorizadas e imparciales.

En las corridas de Pamplona me hice yo con un amigo y auxiliar Es un jovencito limpiabotas que ejerce su industria aquí en San Sebastián, más listo que Cambó y sabiendo de toros más que el Guerra. Muchas veces, cuando tengo una duda acudo a él y me la aclara, mucho mejor que el Diccionario Taurino de Sánchez Neira. De él son las referencias de esta primera corrida... y seguramente salen ustedes ganando.

—Vamos a ver, Abundio. Siéntate ahí, en la cama, toma este pitillo y cuéntame por qué ha salido el público gritando y alborotando...

—¿Eso de los cocheros y los chófers, dice usted? Pues que les han hecho tal atrocidad a ellos y al público, que si no se arregla para mañana, va a haber concierto de sirenas.

A mí me parece bien —dicho sea con su permiso— que se descon... que se desconces... bueno, como se diga eso, el puente de Santa Catalina, pero es que para entrar por el puente nuevo les hacen dar la vuelta a toda Guipúzcoa. Si yo fuese el alcalde, que puede que algún día lo sea, porque de menos nos hizo Dios, que nos hizo de barro...

—Abundio, no sigas por ese camino! Además, que yo te pregunto por la corrida

—Pues lo más saliente de la corrida fueron las broncas. Y de las broncas, esa y luego las que les dieron a los toreros. Pues, si yo fuese el alcalde, mandaría que los coches y los autos, en vez de meterse por este tubo que hay detrás de los corrales, para salir a la carretera del Hospital, bajarían por la cuesta como antes y se meterían por esa calle donde está el chocolate Louit y por allí saldrían a la Gran Vía y al Puente Nuevo



Luis Freg en el primer toro de la corrida del domingo.

(Dibujo de ANTONIO CASERO.)

—Muy bien, Abundio; eres un estratega. ¿Y de la corrida, qué?

—¿A usted le parece que cuando un torero está frente al toro se le deben tirar almohadillas?

—Hombre... no. Eso, aunque se haga con guantes y con indumentaria elegante, siempre será propio de salvajes y además es una cobardía tirar la almohadilla y esconder la mano. Yo creo que a los toreros de primera categoría, cuando están muy mal, se les debe chillar y decirles cosas muy feas, pero a ellos solos, nunca a sus familias. Y si su maldad ha sido del género superlativo, bien está que al terminar la faena le arrojen cuatro o cinco ladrillos y hasta le hagan dos o tres disparos de arma de fuego. Pero delante del toro, no, porque puede ocurrir una desgracia que luego lamentaría el propio «almohadillador» y además porque puede pagar las culpas

del espada un banderillero. ¿Tú tiras almohadillas, Abundio?

—No, señor, porque aunque soy betunero, ya sabe usted que tengo más principios que los señoritos.

—Perfectamente; eres un joven «bien». Pero, sigue con la corrida, que se me acaban las cuartillas, hay que comprimirse, porque tienen que salir en el periódico catore toros y todavía no hemos comenzado.

—¿Para lo que tiene usted que contar, al menos de ésta, podía usted haber seguido durmiendo!

—Pero, ¿tan mala ha sido?

—Podía usted acabar diciendo que desde el presidente hasta el último mone sabio, todos han estado muy mal. De salvar algo, no mucho, el ganado.

—Pues no eran del Heredero de don Esteban Hernández?

—Cuatro de ellos, sí señor, y a pesar

de la mala racha que llevan, no han sido mansos. Únicamente el cuarto tenía algo que matar. Los demás, si no eran para armar el alboroto, tampoco eran para armar los escándalos que armaron los primeros actores. Los dos toros de Salas han cumplido con su deber en el primer tercio y han sido unos guasones en el resto de su vida pública. Al quinto, de Hernández, le han aplaudido al arrastarlo, pero a mí me parece que más que aplausos al toro eran molestias para Varelito.

—¿Tan mal ha estado el amo del volante?

—El tercer toro lo ha volteado al dar un pase y le ha hecho pupa encima de una cicatriz antigua. El chico se ha venido a la enfermería —ya lo ha visto usted— le han curado y ha vuelto a salir, pero dolorido y sin gusto.

—Muy lamentable. Esperemos a qué no le dé otro volteo. ¿Y los demás?

—¿Quiere usted que acabemos pronto, que le dicto?

—La primera corrida de la Semana Grande ha sido como para quitar la adición a Manolito Gutiérrez, que es el hombre que toma más a pecho estas cosas de toros. Eso que ha dicho usted antes, de los disparos, mándelo usted certificado a Freg y a Chicuelo.

—Pues aquí acaba la presente historia. Y mañana, amigo Abundio, ten la bondad de venir a despertarme a las cuatro, no vaya a ocurrir lo de hoy. Ah, ¿cómo ha estado de público?

—Superior de toda superioridad! ¡Hasta franceses había!

—¿Qué hora es, Abundio?

—Las cuatro, y salga usted en seguida, porque se va usted a quedar sin asiento. ¡Rediez y cómo viene la gente; en racimos, en manadas, en copiosas muchedumbres!...

—Para la jaca, Abundio, y déjate de literaturas. ¿Cómo es posible que venga gente a la plaza si torea en Gijón las grandes figuras y estos chicos quedaron mal ayer?

—Ríase usted de las grandes figuras y de los pequeños peces de colores; el público no echa de menos a aquellos como no echa de menos a otros que se fueron al tranquilo hogar; el público de San Sebastián va a los toros porque es el 15 de Agosto y los forasteros van porque están aquí y no es cosa de no dejarse ver por la plaza. ¡Mire usted qué hubiera sido una lástima que hoy no hubiera habido corrida por la huelga de empleados!

—¿Qué me dice, Abundio; ha entrado el sindicalismo en tan simpáticos funcionarios?

—No, señor; ha entrado el compañerismo y el tacto de codos contra las demasías policíacas. Ayer, un empleado de la plaza tuvo unas palabras con un «poli» por cuestión del lugar que éste quería ocupar, y como hay algunos policías —no todos— que se creen monarcas absolutos y que en vez de estar a bien con el pueblo quieren aparecer como enemigos de éste, cogieron al empleado, lo ataron codo con codo y se lo llevaron preso. Se enteraron los demás empleados y como afortunadamente ya había salido

A. ELIZALDE

:: FÁBRICA ESPAÑOLA DE AUTOMÓVILES ::

CHASIS TIPO 29

48-30 HP, 85x150. Válvulas a la cabeza y culata de bronce. Con carrocería «Torpedo» 39.000 pesetas. Con carrocería «Limousine», «Cabriolet» o «Limousine» desmontable, pesetas 47.000.

CHASIS TIPO 26

45-20 HP, 75x130. Válvulas a la cabeza y culatas de bronce. Con carrocería «Torpedo» 30.000 pesetas. Con carrocería «Limousine», «Cabriolet» o «Limousine» desmontable, 36.000 pesetas.

PRONTAS ENTREGAS

- Concesionario: JUAN CIORDIA -

MARINA, 4.—Teléfono 909.—SAN SEBASTIAN — (Garage Continental)